

IN UNUM

“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”

Publicación mensual del

“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” SEPTIEMBRE 2011

LA PALABRA DE DON ORIONE

¡Salve Madre bondadosísima, que todo lo ves y escuchas, aún de lejos! ¡Recibe mi saludo humilde, reverente y filial; adivina el ferviente palpitar de este corazón que a través del mar llega hasta el tuyo.

¡Alégrate, sublime Mujer del Cielo, y recibe mi agradecimiento por tus muchos beneficios y prodigios! ¡Madre de nuestras madres, omnipotente por gracia ante el corazón de Dios, ruega por nosotros pecadores! ¡Aquí estoy, yo también me hago presente en tu gran fiesta, en tu triunfo, oh María! ¡Me postro ante ti, levanto a ti mi mirada y te ofrezco las aflicciones de mi espíritu, a ti, que “un día también lloraste”!

Te invoco y te suplico por mí y por todos, ¡oh Virgen, Señora Santísima! ¡A tus pies entrego mi corazón y toda mi pobre vida: mil veces te bendigo y mil veces te amo!

¡Oh estrella, puesta por Dios en el horizonte del cristianismo, para que a ti se dirijan los deseos de todos los que sufren y esperan! ¡Basta pensar en ti, y el corazón se calma, la mente se serena, y se difunden la paz y la alegría! El Todopoderoso, que te ha dado la plenitud de la gracia en esta tierra, te ha dado en el cielo la plenitud del poder en favor de los que imploran tu santo patrocinio.

¡Oh Virgen Santísima, nunca invocada en vano, danos la fuerza y el amor de querer lo que Dios quiere de nosotros! ¡Vuelve siempre tus ojos misericordiosos a nuestras miserias, y derrama copiosamente tus gracias sobre la muchedumbre que acude a ti y te ama!

Tanto a los ricos como a los pobres, a los sanos y a los enfermos, a los viejos y a los jóvenes, a los buenos y a quienes no lo son, dales la luz y el gran consuelo de la fe, como Dios, que hace brillar el sol sobre buenos y malos.

¡Cuánto amor delicado, cuántos sentimientos de bondad, qué fuente viva de santidad, ha hecho brotar tu ejemplo, oh María!

(Estas palabras las dijo Don Orione desde la Argentina, el 29 de Agosto de 1935, fiesta de la Virgen de la Guardia, hablando por radio a los devotos reunidos en el santuario de Tortona. La sacamos del librito: “Un profeta de nuestro tiempo”, en las páginas 106-108).

La volvemos a publicar porque en la ficha del Consejo regional, se da este cántico a la Santísima Virgen como oración final de la misma, y es probable que alguna hermana no tenga el librito, por lo tanto puede leerla desde aquí.



MARÍA, ESTRELLA DE LA ESPERANZA

La Madre de Jesús, es la mujer de la esperanza. Una esperanza que ejerció en cosas grandes y pequeñas. A veces esas cosas de todos los días le exigían sacrificios muy grandes. Hoy la vamos a contemplar a través de un momento importante de su vida.

María y José se preparaban con gran alegría para ir a la fiesta de Pascua que se celebraba con gran esplendor en Jerusalén. Era para ellos algo mucho más grande que lo que es para nosotros participar en las fiestas o peregrinaciones de la Virgen de Luján, por ejemplo.

La alegría era mayor esta vez porque llevaban a Jesús que acababa de cumplir doce años, y que, por eso, comenzaba a ser considerado de pleno derecho ciudadano israelita.

Era la primera vez que como tal, cumplía Jesús con su ida al templo en una de las grandes fiestas. Los tres estaban muy contentos. Pero pasó algo inesperado. Completamente imprevisible. El Evangelio lo cuenta con mucha sencillez: “Sus padres iban todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando el Niño cumplió doce años, subieron como de costumbre, y acabada la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta” (Lc.2, 41-43). Parece que al volver se formaron dos grupos en la caravana que volvía a Nazaret. El primer día de camino, María pensó que iba con José. Y éste pensó que el Niño iba con su madre. Al llegar la noche, se detienen para descansar. Pero, ¡Jesús no está! El dolor y la angustia son grandes. Y hay que esperar que se haga de día.

Toda una noche de espera sin poder hacer nada. Nada más que esperar. El día siguiente es un día de esperar y caminar. Esperar caminando. Caminar esperando. ¿Alguien lo ha visto? ¡Cuántas veces lo habrán preguntado por el camino! No sabían nada. Y ¿si le hubiera pasado algo? Y otra noche más esperando. En esos casos, uno querría hacer correr muy ligero las horas, que se hacen tan largas que parecen años.

Al tercer día. Tres días en que una madre espera encontrar al hijo que se le ha perdido: “A los tres días lo encontraron, por fin, en el templo, sentado en medio de los que enseñaban, escuchándolos y haciéndoles preguntas” (Lc. 2, 46). ¡Qué alivio! Sí. Pero, ¡qué dolorosa espera!

Aquí deberíamos cerrar los ojos para comprender cómo esperó el corazón de esa madre, y meditar en silencio. Esta espera de María fue una espera angustiada. Pero no desesperanzada. Que tenía una angustia grande y que al mismo tiempo no era desesperanzada, lo demuestra la pregunta dolorida y serena de la Virgen al encontrar a Jesús: “Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc. 2, 48). Esta no fue la reacción de una madre desesperada y enloquecida por el dolor. Y Dios no le evitó a María momentos difíciles como este.

La Madre nos enseña que el esperar en Dios supone que uno tiene que hacer lo que esté de su parte en esos momentos dolorosos. Ella y José: “se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos y como no lo encontraron volvieron a Jerusalén en busca de él” (Lc 2, 44-45). Más no podían hacer. Pero menos no debían hacer.

Hay ocasiones en que las esperas se nos hacen insufribles. Sobre todo cuando no estamos seguros si llegará la solución, y pasa un día y otro día. Esas esperas son más dolorosas aún, cuando surgen en el momento menos pensado, de modo totalmente imprevisible.

La vida nos traerá esos momentos. Incomprensibles. Como lo fue para María ese momento suyo. Y Ella vuelve a darnos la lección sencilla y profunda. Un pretender entender en seguida por qué Dios obra así, no es propio de personas que tienen depositada toda su esperanza en Él. María y José no entendieron a Jesús: “Ellos no entendieron lo que les decía”. ...Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón” (Lc. 2, 50-51). Lo conservaba como se dice en otra ocasión: “meditándolas en su corazón” (Lc.2, 19).

Es necesario esperar para ir comprendiendo poco a poco los designios divinos que son misterio. Y necesitamos la paciencia de la esperanza para entender desde lo íntimo que a Dios en sí mismo y en nuestra vida, y en la vida de los demás, nunca lo comprenderemos del todo.

María debe ser la estrella de nuestra esperanza, la que nos guía cuando está todo oscuro y no vemos nada; cuando humanamente creemos que ya no queda nada por esperar. No olvidemos lo que decía Santa Teresa: “Dios no se muda”. Está siempre allí para sorprendernos y para mostrarnos que para Él “nada es imposible”.

Unámonos a María que ha esperado con tanta paciencia en momentos de mucha angustia. Y unidas a su esperanzada angustia nos preguntamos: “En los momentos de dolor inesperados, ¿se mantiene mi esperanza a pesar de todo, aunque la pena sea muy grande? ¿Dudo de mi Padre Dios? ¿Hago todo lo que de mi parte corresponde hacer y luego espero con paz? ¿Ayudo a otros a encontrar la esperanza?”

Con el propósito de no desesperarnos nunca y de ser motivo de esperanza e infundirla en los demás, invoquemos a María diciendo: ¡Madre, esperanzada en tus angustias, dame esperanza cuando la estoy por perder!



FICHA 7 DEL CONSEJO REGIONAL

MARÍA, ESTRELLA DE LA ESPERANZA

- Leer de la Encíclica Spe Salvi los puntos 49 y 50. Meditarlos
- ¿Cómo podemos iluminar circunstancias de nuestra vida personal, grupal o de la comunidad, con María, estrella de la esperanza?
- Acción de gracias por todas las personas que han iluminado nuestro Instituto.
- La oración final será tomada del libro “Un profeta de nuestro tiempo” de la págs. 106-108 “Salve Madre bondadosísima”, que también publicaremos en este boletín para aquellas que no lo tienen.

La séptima ficha de Italia sobre la “Compasión”, como siempre, será enviada a parte.



LA COMPASIÓN

Llamamos compasión a la capacidad de sentirnos próximos al dolor de los demás y a la voluntad de aliviar sus penas, pero a menudo somos incapaces de llevar a la práctica lo que nos proponemos, y esa hermosa palabra muere sin haber dado sus frutos.

Si deseamos tener un corazón compasivo, el primer paso consiste en cultivar sentimientos de proximidad hacia los demás. También debemos reconocer la gravedad de su desdicha. Cuanto más cerca estamos de una persona, más insoportable nos resulta verla sufrir. Cuando hablamos de cercanía no nos referimos a una proximidad meramente física, ni tampoco emocional. Es un sentimiento de responsabilidad y de preocupación por esa persona. La compasión se enfoca en descubrir en las personas, sus necesidades y padecimientos, con una actitud permanente de servicio.

Parece ser que la compasión sólo puede tenerse en algunos momentos de nuestra vida, con aquellos que han caído en desgracia y los desvalidos. La capacidad de conmovernos ante las circunstancias que afectan a los demás se pierde día a día; recuperar esa sensibilidad requiere acciones urgentes para lograr una mejor calidad de vida en nuestra sociedad.

Compadecerse es una forma de compartir y participar de los tropiezos materiales, personales y espirituales que aquejan a los demás, con el interés y la decisión de emprender acciones que les faciliten y ayuden a superar las condiciones adversas.

Diariamente ocurren todo género de desgracias: las fuerzas naturales, la violencia entre los hombres y los accidentes. En casos tan lamentables la compasión nos mueve a realizar campañas, colectas o prestar servicios para apoyar en las labores de ayuda humanitaria.

Ante todo, debe quedar claro que tener compasión y sentir lástima no es lo mismo. Vemos la desgracia muchas veces como algo sin remedio y sentimos escalofrío al pensar que sería de nosotros en esa situación, sin hacer nada, a lo mucho pronunciamos unas cuantas palabras para aparentar condolencia.

Por otra parte, pasa el tiempo y vemos con asombro la indiferencia que poco a poco envuelve a los seres humanos, los contratiempos ajenos parecen distantes, y mientras no seamos los afectados, todo parece marchar bien. Este desinterés por los demás se solidifica y nos hace indolentes, egoístas y centrados en nuestro propio bienestar.

Sin embargo, son las personas que nos rodean quienes necesitan de esa compasión que comprende, se identifica y se transforma en actitud de servicio. Podemos descubrir este valor en diversos momentos y circunstancias de la vida, tal vez pequeños, pero cada uno contribuye a elevar de forma significativa nuestra calidad humana:

- Quien visita al amigo o familiar que ha sufrido un accidente o padece una grave enfermedad, más que lamentar su estado, está pendiente de su recuperación, en sus visitas regulares procura llevar alegría y tener momentos agradables.

- La reacción comprensiva de un padre o madre de familia ante las faltas de los hijos, por inmadurez, descuido o una travesura deliberada, reprenden, animan y confían en la promesa de ser la última vez que ocurra...

- En la escuela el profesor que, consciente de la edad y las circunstancias particulares, corrige sin enojo pero con firmeza la indisciplina de sus alumnos, o pone todos los recursos al alcance para sacar adelante a ese joven con dificultades en el estudio.

- Los jóvenes que participan en actividades de asistencia social en comunidades marginadas, asisten con la ilusión de enseñar doctrina a los niños, festejan y animan a todos en el juego de balompié, conviven sin reparar en lo descuidado de su aspecto y sus modales...

Con el valor de la compasión se reafirman y perfeccionan otros valores: Generosidad y Servicio por poner a disposición de los demás el tiempo y recursos personales; Sencillez porque no se hace distinción entre las personas por su condición; Solidaridad por tomar en sus manos los problemas ajenos haciéndolos propios; comprensión porque al ponerse en el lugar de otros, descubrimos el valor de la ayuda desinteresada.

Aunque la compasión nace en el interior como una profunda convicción de procurar el bien de nuestros semejantes, debemos crear conciencia y encaminar nuestros esfuerzos a cultivar este valor tan lleno de oportunidades para mejorar personalmente:

- Evita criticar y juzgar las faltas y errores ajenos. Procura comprender que muchas veces las circunstancias, la falta de formación o de experiencia hacen que las personas actúen equivocadamente. En consecuencia, no permitas que los demás "se las arreglen como puedan" y haz lo necesario para ayudarles.

- Observa quienes a tu alrededor padecen una necesidad o sufren contratiempos, determina cómo puedes ayudar y ejecuta tus propósitos.

- Centra tu atención en las personas, en sus necesidades y carencias, sin discriminarlas por su posición o el grado de afecto que les tengas.

- Rechaza la tentación de hacer notar tu participación o esperar cualquier forma de retribución, lo cual sería soberbia e interés.

Es tan enriquecedora la compasión porque va más allá de los acontecimientos y las circunstancias, se enfoca en descubrir a las personas, sus necesidades y padecimientos, con una actitud permanente de servicio, ayuda y asistencia, haciendo a un lado el inútil sentimiento de lástima, la indolencia y el egoísmo.



7 CONSEJOS PARA SER FELIZ

Todo ser humano busca ser feliz de alguna manera, pero olvida que lo que busca en lo exterior, está en el interior de cada uno. En cualquier situación uno puede ser feliz, si se adecua a las circunstancias y aprende a convivir con ellas.

1. La llave de la felicidad: No te olvides nunca que la llave de la felicidad tienes que encontrarla, porque sencillamente está en ti. Dijo Dios: hagamos al hombre libre y feliz como soy Yo (a nuestra imagen y semejanza). Y dejó Dios la felicidad en el corazón mismo del hombre. Sin embargo, muchos andan perdido buscándola fuera de sí mismos por mil vericuetos y laberintos. Solamente algunos, cuando al fin, cesan en su ansiosa búsqueda y se detienen en la calma y el silencio, escuchan la cercana vocecita de la felicidad que les había estado cantando desde dentro... Y son felices entonces. La llave de la felicidad es el silencio y saber buscarla...

2. La Puerta... Sólo te encontrarás a ti mismo y serás feliz, amando. “Estar triste es casi siempre pensar en sí mismo”. ¿Cuántas veces has repetido? Estoy triste encerrado en la mazmorra de mi yo. Y día tras día levanto sin descanso ese muro a mi alrededor”. En tu aislamiento te cansarás de ti mismo, y no te aguantarás: “¡Necio que intentas llevarte a ti mismo sobre tus propios hombros! ¡Deja todas las cargas en las manos de Aquel que puede con todo...” (Tagore).

3. La raíz: Para ser feliz ahonda en lo esencial. No te enmarañes en la barahúnda de tus deseos, ni te cargues con fardos imposible de mover. “Te esforzarás en poseer sólo lo que puedas llevar en un naufragio”. Porque no cabe la felicidad en una habitación atiborrada de cosas...

4. El horizonte: No te ciegues en lo inmediato, en lo parcial, ni eternices las circunstancias transitorias. No cierres los ojos: mira todo en el todo, en el final... “¿O es que la piedra preciosa no sigue siendo valiosa cuando está en el lodo, o el polvo vale algo porque se levanta hasta el cielo?”

5. El disfraz: No confundas el placer con la felicidad. No son incompatibles pero pueden vivir separados. “El pato es feliz en su sucio charco porque no conoce el ancho mar” (Saint-Exupéry). “Y el chacal piensa que se ha dado un gran banquete, cuando sólo ha comido los restos que dejó el león”.

6. En cada momento: Sé feliz en cada momento. No posponga para otro momento el encuentro con la felicidad. El que no es feliz ahora, no lo será nunca... Porque “la felicidad no es una estación de llegada sino un modo de viajar” (Rinbeck). Y “las lágrimas que lloras a la noche por la ausencia del sol, muchas veces no te dejan ver las estrellas” (Tagore).

7. Un anticipo: Aprende cada día que la felicidad que experimentas es sólo una referencia, una cita, un anticipo de lo que te dará Dios... Por tanto, no confundas el arroyo con el océano..., el charco con el lago...



INMENSA NECESIDAD DE ENTUSIASMO

“El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza... es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece... se convierte en un arbusto, de tal manera que los pájaros del cielo van a cobijarse en sus ramas” (Mt. 13, 31-32).

No podemos hacer nada sin entusiasmo, ni siquiera vivir. El enfermo si pierde entusiasmo por la vida, vegeta sin sanarse plenamente. El empleado sin entusiasmo no progresa por más inteligente que sea. El profesional sin entusiasmo se contenta con ser un burócrata y sus clientes lo abandonan.

El entusiasmo se nutre de una idea-fuerza que ha despertado nuestro interés y que nos mantiene atentos a lo que hacemos y a lo que pretendemos conseguir. Cuando dicho entusiasmo es estable y profundo nos permite afrontar todos los obstáculos y nos da un sentido de vida y una razón para vivir.

La chispa del entusiasmo religioso puede encenderse en cualquier edad, siempre que encuentre en una respuesta coherente y honesta. El entusiasmo religioso se nota principalmente en los convertidos, y en los comprometidos seriamente en la perfección cristiana, y se alimenta y favorece por medio de la oración.

No hay que confundir el entusiasmo religioso con el fanatismo religioso, o con la obsesión religiosa que son degeneraciones del entusiasmo. Éste es social, y el fanatismo es antisocial. Éste es vital y optimista, mientras que el fanatismo es individualista y cerrado.

El entusiasmo eleva el tono y el dinamismo del sujeto, y lo hace altamente comunicativo. Mientras que el fanatismo nos encierra en la soberbia, y con facilidad nos inclina a la violencia.

La religión necesita urgentemente hombres y mujeres que alimenten el entusiasmo propio y el de los otros, que sean líderes que contagien su entusiasmo en los logros espirituales que la vida nos depara, y que sepan vitalizar las obras que se le confían. Uno tiene que saber realimentar dicho entusiasmo con humildad y perseverancia a la vez. De allí nace el ideal cristiano tantas veces repetido en el cristianismo, **el de ponernos al servicio de los demás. Quien no lo haga no es realmente entusiasta.**

Eso hay que decírselo a los que viven quejándose y compadeciéndose, a los que alimentan y coleccionan culpas y reproches contra su vida y las vidas ajenas, a los que se acobardan tanto por algún fracaso y se encierran en sí mismos porque se sienten perseguidos, o empiezan a pensar que todos, sin excepción, están contra ellos y que no hay nadie en que puedan realmente confiar.

Todas estas personas son –sin darse cuenta –una rémora para la Iglesia evangelizadora, porque absorben con sus neurosis todo el tiempo de los que podrían evangelizar.

Algunos, en estas circunstancias, lo buscan a Dios, pero lo buscan mal, desesperadamente, y por eso no lo encuentran, porque quieren que Dios sea de su propiedad exclusiva, estrictamente dedicado a responderles sus dudas: un Dios solitario que sea un talismán para ellos que no quieren compartir con nadie.

Deberían cortar con ese hipnotismo que deteriora y que les hace rechazar la vida tal cual nos la ofrece Dios. De nuevo tienen que descubrir al hermano que les ayuda a vivir en la medida de que ellos también se ayudan, y ayudan a los demás. Tienen que entusiasmarse por la vida, algunas veces achicando y acortando sus metas: “hoy, aquí, en este momento yo quiero y puedo entusiasmarme y ser feliz”. Limpiando la cocina, pelando las papas, yendo a comprar las cosas del día a día, visitando o limpiando a un enfermo..., tenemos que aprender a dejar de lado ese orgullo que nos hace repetirnos por lo bajo: “lo que estás haciendo es indigno de ti”. “Tú puedes hacer cosas importantes, estás perdiendo el tiempo, y nada de lo que haces vale nada”. Todo vale, todo es digno de Dios, y recordemos que su valor religioso, más que de la obra material o de su importancia, depende de nuestra intención. **Eso es lo que busca y aplaude Dios, y eso es lo que fundamenta el Reino de Dios...**



INTENCIONES DEL PAPA PARA SEPTIEMBRE

GENERAL: Por todos los docentes, para que sepan transmitir el amor a la verdad y educar en los valores morales y espirituales auténticos.

MISIONERA: Para que las comunidades cristianas dispersas en el continente asiático proclamen el Evangelio con fervor, dando testimonio de su belleza con la alegría de la fe.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA: Por los formados como discípulos misioneros sin fronteras, para que de nuestras Diócesis surjan respuestas generosas, dispuestas a llevar la alegría de la fe a todos los pueblos.



¡SONRÍA, POR FAVOR!

Eran dos amigos que les encantaba jugar al fútbol, a lo que dedicaban la mayor parte de sus ratos libres. Le dice uno a otro. –Pepe, que vamos a hacer si cuando nos muramos, resulta que en el cielo no hay fútbol. –No lo se, seria algo terrible.

Se muere uno de ellos, y el que queda sigue con el fútbol. Un día que esta en casa, oye una voz.

–Pepe, soy Juan. –Juan, ¿eres tú? –Si, estoy en el cielo, y tengo dos noticias que darte, una buena y otra mala. –¿Cuál es la buena? –Que en el cielo si juegan al fútbol, y muy bien. –Estupendo, que maravilla. ¿Y cuál es la mala? –Que el domingo próximo te toca jugar aquí.

